

# ACERCAMIENTO A LA DEPENDENCIA DESDE LA CREACIÓN LITERARIA

**“LOS AÑOS NO PERDONAN”, AMANDO DE MIGUEL**  
Catedrático emérito de Sociología.

---

*(El texto que sigue es un capítulo inédito de una novela en preparación de Amando de Miguel, “Los años no perdonan”. Es la historia de una mujer de 89 años que está siendo asistida en un hospital madrileño, en donde recibe cuidados paliativos. La mujer reflexiona sobre su vida y especialmente sobre el proceso de dependencia, primero en la familia, luego en la residencia y por último en el hospital)*

Me ingresaron en el sanatorio para sanarme, como su mismo nombre indica, pero me da que la cosa va para largo. Ya me he resignado. La flecha del tiempo no puede volar hacia atrás. Hemos entrado en el otoño, que aquí es ya frío y se dibuja muy bien en los árboles de hoja caduca. Desde que me operaron de cataratas distingo mucho mejor las mil tonalidades otoñales. Me imagino lo que tuvo que ser para los pintores de antaño el padecer de cataratas. Lo que me preocupa ahora es lo lenta que va la rehabilitación. La gimnasia o rehabilitación algo me ayuda, pero veo que el cuerpo mengua. Dicen que envejecer es arrugarse.

Me han vuelto a poner en una habitación individual. Al principio me he resistido, pero mi voluntad ya no cuenta. Dicen que necesito “cuidados especiales”. No sé en qué consis-

tirán. Me siento no ya inválida sino inútil. He vuelto a ser como una niña chica, pero sin la esperanza de merecer. Voy para atrás. A veces me lamento del dineral que debo de estar costando a los contribuyentes. La Cholita se queda ahora alguna vez por las noches, especialmente los fines de semana. Me da un aceite milagroso de su tienda (“aceite de eucalipto”) para aliviar las escaras. Me va tan bien que le digo que lo patente. Las escaras no me duelen mucho, pero la cura resulta muy molesta. La Cholita me dice que las escaras huelen mal. Por eso me trae el aceite de eucalipto, que por lo menos perfuma el ambiente.

Algunos de los nuevos enfermos o los que están a punto de “licenciarse” vienen a verme y me dan ánimos. Será que los necesito. La boca torcida me impide articular bien las pa-

labras. No tengo muchas ganas de hablar con nadie, excepto con la Cholita. Cada vez está más claro que es la personificación de Estrella, la hija que no pudimos tener Tomás y yo. ¡Qué sensibilidad la de la peruana! Haría una buena enfermera. Ella es la que me ha transmitido la idea realista de mi definitiva postración como enferma "terminal". Aquí no se atreven a pronunciar ese adjetivo. Elegantemente dicen que necesito "cuidados paliativos". Eso es así cuando la máquina del cuerpo presenta averías continuas. Tampoco puedo reclamar más a esta edad. Lo único que solicito es el capricho de poder llegar a cumplir los 90 años. Me faltan semanas. Más no se puede exigir con la vida tan intensa que he llevado. Bueno, pues yo lo pido humildemente al buen Dios.

Más que una enfermedad lo que padezco es varias de ellas y desde hace bastantes años. Todo lo cual se traduce al final en lo que llaman "dependencia". La llevo arrastrando desde hace una docena de años. Vamos, que ya no podría vivir sola aunque me curara. Mi dependencia final es de una institución, sea un hospital o una residencia. Me da lo mismo. Soy realista, ya no podré volver a la Sargantana, aunque la convirtiera en una clínica para mí sola. La dependencia mayor es darme cuenta de que no me podría cuidar la Sor -que está casi tan avejentada como yo-, ni tampoco mi hija y no digamos mis nietos. En definitiva, yo soy solo un expediente de gasto en la Seguridad Social.

He consultado con el doctor Sánchez la extraña agudización de mi oído, al tiempo que no me apetece hablar con nadie, aparte de que no puedo articular bien las palabras. El de la bata blanca me ha tranquilizado. La combinación de mutismo voluntario y oído fino se da

en algunos enfermos que están en cuidados paliativos. Tanto es así que las enfermeras y auxiliares tienen la instrucción de indicar a los visitantes que el enfermo parece mudo, pero no es sordo. No se lo creen. Al menos se produce el síndrome del "hijo de Bilbao". Se refiere a un hipotético familiar del enfermo terminal. El mocetón viene de fuera y se pone a comentar en voz alta conflictos de la herencia. El enfermo se entera de todo. Me asegura el doctor que algunos enfermos, anestesiados como están y a veces en coma, se pueden enterar de ciertas conversaciones que tienen lugar a su alrededor. Parece cosa de fantasmas. Me lo ha confirmado Lily, la auxiliar que viene mucho por aquí. No sé si será el clásico rumor de los internados. Me recuerda aquella especie que circulaba en el Castillo de la Mota cuando yo era jovencita. Se decía que la primera vez que estuvo en el castillo Pilar Primo de Rivera se le apareció en sueños la mismísima Isabel la Católica. Por lo visto, le dio algunas buenas ideas. Puede que la Reina le transmitiera el propósito de no casarse.

Es posible que el mutismo voluntario sea algo heredado. Mi madre era poco habladora; solo abría la boca para sacar a colación algún refrán o alguna frase hecha. Para justificar sus silencios argumentaba así: "Se dicen demasiadas tonterías a lo largo del día". Una vez, ya en Madrid, me dio este acertado consejo que nunca he olvidado: "Nunca te arrepentirás de haber callado; muchas veces lamentarás haber dicho algo inconveniente". Ahora recuerdo que, en la familia aragonesa de mis abuelos, a mi madre le pusieron el mote de la Sentencias. A ella no le molestó tal apelativo. Al contrario, comentaba: "Más vale ser Sentencias que no Impertinencias". Yo he sido más parlanchina y he dicho muchas tonterías en mi vida. Quizá

por eso ahora cierro la boca y escucho. Dicen que al final de la vida la persona se parece más a su madre.

Mi mutismo empezó hace bastantes años por la extraña sensación de que, en las conversaciones de grupo, las otras personas apenas se dirigían a mí. Si me callaba, la conversación seguía entre los demás. Pocos años después de la muerte de Marce llegué a pensar si tenía hali-tosis. Desde entonces me aficioné a las pastillas de regaliz. Algunos dicen que crea adicción.

El mutismo de ahora -más pronunciado por la dificultad de hablar- me lleva a estar haciendo algo con las manos para así pensar mejor. Creo que era la función que representaba hacer punto en las mujeres de antes. La Cholita me ha traído agujas y lana para que me obligue a tejer una bufanda interminable de muchos colores. Llevaba decenios sin coger la labor, pero me cuesta mucho manejar las manos. Tampoco me es posible escribir con soltura. Tendrían que empezar otra vez a hacer palotes como en la primera escuela de Cortes. Puede que todo esto que voy alojando en mis pensamientos sea el equivalente mental de la escritura.

Los médicos me han dicho que la reacción del mutismo voluntario es una consecuencia del párkinson, aunque en mi caso esa dolencia sea leve. No me lo creo. La prueba es que ese extraño comportamiento de hablar poco lo desplegué mucho antes de que apareciera el párkinson. Creo que fue una táctica premeditada para aislarme del prójimo cuando no me satisfacía mucho la conversación, que era la mayor parte de las veces. Con los compañeros del Instituto, donde di clases tantos años, no llegué a intimar mucho. Casi todos eran varones y a mí me trataban con cierto desprecio. El mutismo

no fue solo en el ambiente del Instituto. Me relacioné un poco más con los vecinos de la Colonia, aunque tampoco éramos uña y carne. El mutismo empecé a desplegarlo como táctica a partir de la muerte de mi hijo Abel en 1972. No fue producto del duelo o de la tristeza por esa pérdida como la reacción ante el alejamiento de mi marido. Esa conducta de Marce tampoco la pude explicar. En 1983 falleció el pobre Marce y mi hija se fue a vivir con el "italiano", como lo llamábamos entonces. Realmente era español de padre italiano. Esa combinación le llevó a ser un as para la picaresca de los negocios más o menos confesables. El hambre se juntó con las ganas de comer, pues Nieves destacaba por lo mismo. Ante ese panorama familiar de lo que llaman "nido vacío" era lógico que me encerrara en mi taciturnidad. Lo del párkinson vino mucho después. Como siempre, esa enfermedad fue más bien leve o benigna, pero se juntó con otras dolencias. El doctor Morán me repite que lo mío es un muestrario para un curso de Patología General. No me consuela mucho su razonamiento de que la patología múltiple alarga la longevidad. Seguramente lo dice para consolarme.

Respecto al mutismo voluntario, el otro día me sucedió algo curioso. ¿O quizá ha sido esta misma mañana? Vinieron a visitarme unos cuantos amigos y vecinos de la Colonia. Me tienen mucho afecto porque fui durante años la tesorera de la comunidad de propietarios. Siempre me decían que yo era la que sabía más de números por ser doctora en Matemáticas. El caso es que esta vez mi mutismo fue casi total, al tiempo de que me enteré de todos los cotilleos que tenían entre ellos. El que más hablaba era el presidente de la comunidad de propietarios, director de una gran inmobiliaria. A propósito de mutismo, contaba el hombre que

en Andalucía había sido testigo del extraño suceso de los “tumbaos”. Eran personas corrientes a las que de repente les daba la ventolera de no levantarse de la cama. Allí podían seguir meses y años sin llegar a sentirse verdaderamente enfermos. La reacción siguiente es que se negaban a hablar con nadie. No había ninguna explicación para tan raro fenómeno. Yo me reía por dentro al darme cuenta de que mis vecinos imaginaban que me había incorporado a la secta de los “tumbaos”. No abrí la boca para no quitarles la ilusión. Así tendrían algo para comentar después entre ellos. Luego, cuando se fueron, me desahugué con la Cholita y nos reímos mucho.

El mutismo es una defensa que practico especialmente con las visitas externas. En cambio, con algunos otros enfermos mantengo alguna relación cuando nos vemos en el gimnasio. Hay uno, infartado y en franca recuperación, que da muchos rodeos a sus explicaciones. Después de una larga parrafada, la adorna con esta pregunta retórica: “¿Entiendes lo que te quiero decir?”. Sin esperar la respuesta, el hombre sigue con su discurso.

He notado que, en estas relaciones entre los enfermos, el intercambio de síntomas tranquiliza mucho a todos. Cada uno exagera un poco los suyos para merecer la estima de los demás. Tengo la suerte de disponer de un abanico completísimo de síntomas. Lo del ictus va mejorando y ya no tiene tanto atractivo. Hay otros enfermos en peor situación. Pero las insuficiencias varias que me acosan por todos los lados dan mucho que hablar. Lo que interesa más es presumir de la edad; en eso voy ganando a la mayoría. En este recinto de inválidos se despliega una constante coquetería de la edad, pero al revés de lo que era antes en la

etapa de la madurez. Ahora, la combinación más estimable es tener muchos años y padecer varios síntomas. Por ese lado estoy en cabeza.

Lo malo del intercambio verbal de síntomas es que, al final, todos nos contagiamos de los que aquejan a los demás. Es lo que pasa con el insomnio. Siempre lo he padecido, pero ahora se agudiza al comprobar que en el sanatorio parece ser una epidemia. Para mí que no se puede dormir bien en una cama con ruedas. Luego están los lamentos lejanos que de vez en cuando rompen el silencio nocturno.

Esta noche, el último sábado de octubre, la he pasado agitada. Me ocurre todos los años por las mismas fechas. Se corresponde con la noche en la que cambia la hora. Es un monumento al arbitrio más estúpido. Recuerdo que fue innovación en los primeros años 70, que antecedió un poco a la televisión en color. Las dos importaciones nos parecieron entonces grandes progresos. No creo ahora que lo hayan sido tanto. Tengo derecho a situarme en las precisas coordenadas del Universo. En la Tierra son particularmente privilegiadas. La latitud es la que corresponde a la franja en la que se han aposentado la mayor parte de las civilizaciones. La longitud la determina el meridiano cero. Alguien dibujó sobre la Tierra 24 husos horarios y a mí me alojaron en el primero, el de Greenwich. En él nací, me crié, prosperé y me estoy muriendo. Es mi puesto en el cosmos. Siempre me ha producido gran desazón trasladarme de huso horario, aunque fuera a Canarias. En cambio, el viaje vertical, de Norte a Sur, me ha hecho sentir que seguía en casa. De ahí mi inquietud cuando el sátrapa administrativo me cambia la hora, esto es, me altera mi huso horario y por tanto mis usos. Comprendo que mi desazón es subjetiva; quizá sea producto de

mi sesgo matemático, pero no la puedo evitar. La noche del cambio de hora o no duermo o, peor, me asaltan las pesadillas.

La pesadilla más atroz es la que continúa otra anterior con el mismo paisaje. Esa constancia contribuye a hacer más realista el sueño y, por eso, resulta más amenazante. Desde hace muchos años esa pesadilla más reiterada es que van a fusilarme junto a otras personas que no conozco. Nos atan las manos y nos dicen que no hay tiempo para que venga un confesor. Yo me quedo muda. Hay otros reos que gritan. Todo tiene un aire de teatro, como si yo estuviera desde fuera contemplando la escena. Hasta que me despierto.

En la pesadilla de esta noche he visto cómo jugaban plácidamente en el jardín Abel y su amiguito Gonzalera. De repente, han empezado a gritar porque unas cuantas urracas han caído sobre ellos y les han empezado a picar en las cabezas. Los dos han salido corriendo y llorando hacia mí. En ese momento me desperté angustiada. Miré el reloj. Eran las tres, justo cuando había que cambiar la hora. Más alteración. El médico me ha dicho por la mañana que debo volver a la media dormidina. Es ese placebo rosa que me aleja del insomnio, pero que aumenta la sequedad de la boca. Estoy segura de que esta vez la causa ha sido la obsesión de que a las tres de la mañana tenían que ser las dos. Ya es capricho del político que intenta alterar nuestro lugar en el cosmos.

El horror al cambio de hora cada seis meses lo había considerado siempre como una manía estrictamente personal, casi un capricho o una forma de llamar la atención. Pero otra vez me ha ocurrido que, al hablar de esto con algunos enfermos, resulta que es una obsesión bastan-

te general. Al comprobar ese hecho, todavía me parece más arbitraria la decisión de tocar los relojes dos veces al año. Ya de puestos, y para ser precisos, podrían alterarlos unos segundos cada día de acuerdo con la inclinación de la Tierra a lo largo de su trayectoria elíptica. Ahí es donde se ve que estamos gobernados por idiotas. Cuánto me alegro de no haberme preocupado mucho de la política. Incluso en mi etapa de ardor juvenil con la Sección Femenina, mi amiga Luzmela me convenció de que los políticos poco podían hacer para mejorar nuestra suerte. No me acuerdo bien qué fue de Luzmela. Me habría gustado ser como ella.

Comprendo ahora lo bueno que es atesorar todos estos recuerdos, por más que algunos sean angustiosos. Por lo menos me olvido de que llevo mucho tiempo en la misma postura y de que tienen que cambiarme de pañales. ¿Por qué me dará tanta vergüenza una operación tan rutinaria? Me digo a mí misma que todo esto es parte de los famosos cuidados paliativos. Nunca pensé que podría llegar a ser una "paliativa". Suena bien.

No dejo de pensar en lo del cambio de hora. Reconozco que tiene que ser un gran placer el que sienta el mandamás de turno al decidir qué hora hay que poner en los relojes de todos sus súbditos. Hay algo de oriental en ese arbitrio. Cuando yo era jovencita había otros caprichos por parte de los que mandaban. Recuerdo los de la vestimenta: el velo en los actos religiosos, no entrar en clase con manga corta, la falda por debajo de la rodilla, el luto riguroso. Mi madre especificaba con naturalidad lo del alivio de luto. Me viene a la memoria un día de cumpleaños en el que dejé los calcetines de perlé y pasé a ponerme medias. A partir de entonces una señorita de buen tono no podía

salir a la calle sin medias. Además, era preciso que las medias llevaran la costura bien recta.

En la vejez, curar, curar, lo que se dice curar, es vana pretensión. La experiencia del sanatorio me ha enseñado que se pueden aliviar mucho las manifestaciones de las dolencias, que suelen ser varias a la vez. Por fin he entendido en qué consisten los famosos cuidados paliativos. Son los que se aplican, por humanidad, a los enfermos terminales. Supongo que yo pertenezco a ese grupo, aunque nunca queda claro. En los campos de concentración más crueles muchos presos estarían confiados en que iban a salir de allí sanos y salvos. Al ver esta mañana a los enfermos en el gimnasio, cada uno más depauperado que el otro, me ha asaltado la imagen de un campo de concentración. Bueno, aquí la "solución final" es mucho más benévola. Debo de estar mal porque siento que me vuelvo cada vez más sarcástica para mí misma. Quizá sea una manifestación de la agresividad que dicen que asalta a los que padecen un ictus.

Los que estamos alojados en el sanatorio somos todos enfermos crónicos, incluso terminales, nos llamen como nos llamen. Una de las ventajas es que ya no tiene que hacernos muchas pruebas, pues cada uno tiene su cuadro bien definido. Otra cosa buena es que los médicos te consideran una persona entera, se interesan por el equilibrio del cuerpo, no solo de un órgano. Esa es la función de los geriatras, internistas, rehabilitadores y paliativistas. Esa última especialidad no la conocía yo, pero ahora me resulta familiar. El enfermo siempre está aprendiendo cosas.

Añoro ahora la sensación de dependencia que empecé a experimentar hace diez años. Entonces protestaba porque mi cuidadora, la

fiel Cholita, tuviera que estar al tanto de mis necesidades domésticas y personales. Pero al menos me sentía libre en mi casa. Eso era una autonomía psicológica. Más tarde el corto episodio de la residencia Entre Pinos supuso una mejora de mis condiciones materiales de vida, pero me quitó libertad. Ahora también echo de menos esa maravilla de disfrutar de mi casa y de vivir por mí misma. En el sanatorio me siento un número, pero un número quebrado, incluso un número imaginario. Tiene gracia, ahora me identifico con la raíz cuadrada de un número negativo.

Durante toda mi vida he sido una persona no sé si orgullosa pero por lo menos individualista. Por ejemplo, ocultaba cualquier situación que diera lugar a que me tuvieran lástima. Es el caso de la época en que me volqué en el cuidado de mi hijo Abel. La consecuencia fue el práctico abandono en que tuve a la pobre Nieves. Puede que me centrara en Abel para que no dar pena a los que me rodeaban. Creo que fue un gran error. Ahora pienso de otro modo. El que nos tengan piedad por nuestras desgracias es cosa buena; por lo menos ayuda. La prueba es que nos viene bien comunicar a las personas cercanas nuestras enfermedades, disgustos y fracasos. Esa doctrina la he perfeccionado en estos días (¿o son meses?) en el sanatorio. Todos los que vienen a verme manifiestan esa sensación penosa que debo de dar yo, abotargada como estoy por tantos alifafes. Algunas veces no sé quiénes son los visitantes, ni me interesa averiguarlo. El otro día a Nieves sí la reconocí, pero hice como si no supiera quién es su marido. La yernofobia es un sentimiento muy auténtico. Supongo que debe de ser recíproco. Con el pretexto de que viven en Marbella, aparecen poco por el sanatorio. Es de agradecer. Los nietos ni siquiera venían

mucho a la Sargantana. Cuando no tenían clases, estaban esquiando en Sierra Nevada o en extrañas competiciones de motos. No es que yo les diera lástima por vieja, sino repugnancia. Se notaba en que se resistían a besarme. Una mujer sabe muy bien cuando empieza a envejecer. Es el momento en el que, ante la ceremonia social de los saludos, ella tiende la mano para evitar los dos besitos en la mejilla. Hace tiempo que pasé por ese trance. Cuánto se agradece entonces que el caballero al que le tiendes la mano se adelante y te de dos besos, aunque no lleguen a tocar la mejilla.

Me acuerdo cuando Nieves y Rodrigo empezaron a definirse como novios. El hombre entraba en casa, aunque siempre a regañadientes. Nieves era una veinteañera con un tipazo de cine. Cintura de avispa, decía ella, realzada por la minifalda. Mi gran satisfacción era comentar con Rodrigo que, con los años, Nieves

sería como yo, entonces una oronda cincuenta. A Nieves le llevaba los demonios la comparación. Rodrigo sonreía bobaliconamente, pero era evidente que mi broma le molestaba. Con los años mi venganza ha tenido su recompensa. Efectivamente, la Nieves sesentona, con un perfil de pera, me ha superado en kilos y en gesto adusto, ese que produce en el morro la arruga del código de barras. Ya es tarde, pero ahora me pesa la miserable comparación que le hice en su día a Rodrigo. Tampoco es él ahora un mocito pinturero como lo parecía cuando se descolgó por la Sargantana en sus años mozos. Entonces llevaba una cuidada melenita de tonos rojizos. Ahora, para disimular la ominosa calva, se afeita la cabeza al cero. Dicen que es un detalle de la belleza masculina junto a la vestimenta negra. No me convence mucho esa apariencia patibularia. Seguramente es que soy del siglo pasado.